

El viaje



EDICION N.º 159

- ENERO DE 1947 -

PRECIO: \$ 4.00

REALIDAD Y LEYENDA

El balneario de Pelluhue

Por P. Honorio AGUILERA CH.

Un apacible pueblo de la costa.

La costa chilena comprendida entre el río Maule al norte y el río Itata al sur, ofrece muchos puntos de hermosura singular y de majestuosas conformaciones, algunos de los cuales se presentan, además, aromados por leyendas sencillas o encantadoras tradiciones populares. Descontando a Constitución, que es ciudad demasiado conocida por su playa y costa maravillosas, queremos citar aquí a Cobquecura, Buchupureo, Curanipe, Pelluhue y Pahuil, lugares todos costinos, de belleza extraordinaria y de atracción soberana, que confirman ampliamente nuestra afirmación.

Los nombres de esos sitios vienen todos del mapuche o araucano. A manera de digresión, damos aquí su significado cabal: Cobquecura (**covque**, pan; **cura**, piedra), pan de piedra; Buchupureo (**huechun**, punta o altura; **pu**, dentro; **reu**, ola), punta o altura dentro o al alcance de las olas; Curanipe (**cura**, piedra; **nupir**, voquis), piedra de voquis; Pelluhue (**pellu**, almeja o choro; **hue**, lugar), lugar de choros; Pahuil (**dauull**, pozas, hoyos o lagunas).

El pueblecito y balneario de Pelluhue se halla a unos cuarenta y dos kilómetros de Cauquenes, la ciudad que, con el nombre de Nuestra Señora de las Mercedes de Tutubén, fundó el 9 de mayo de 1742 don José Antonio Manso de Velasco, Gobernador de Chile y Conde de Superunda. El camino que conduce hacia allá es el mismo que lleva a Chanco, hasta un punto en que, al aproximarse a la costa, tuerce derechamente al norte, mientras que el que va a Pelluhue sigue al sur, desde ahí. El camino es espléndido y presenta panoramas fantásticos, sobre todo al atravesar la montaña y cordillera de la costa en atrevido trazado.

Está situado Pelluhue junto al mar, sobre pequeños promontorios y está formado por casas y chalets diseminados por aquí y por allá. El panorama que desde la población se ofrece a la vista es maravilloso: al frente, el verde y anchuroso mar, cuyas olas, ya revientan en las altas rocas, ya mueren tranquilas en la arena; atrás, las primeras al-

turas de la cordillera y montaña vecinas; a los lados, la costa, que se extiende llana y arenosa al norte y rocosa y escarpada al sur.

La población actual y su edificación data de no muchos años. Allá por 1925 había allí una que otra casa de poco valer. El camino moderno y de hermosas perspectivas que lleva al pueblo de San Ambrosio de Chanco, que fundó don Ambrosio O'Higgins el 7 de diciembre de 1780, camino que se terminó definitivamente allá por 1930, vino a dar vida e importancia a Pelluhue. Comenzó pronto a poblarse y principiaron a levantarse también las primeras construcciones modernas.

Hoy en día Pelluhue es ya una población hermosa de bastante edificación y cuyo tranquilo balneario atrae en verano y en especial los días festivos, mucha gente, sobre todo de Chanco, Cauquenes y Parral. De Chanco dista unos doce kilómetros, a lo más, y está a unos 96 kilómetros de muy buen camino del "Reina Luisa del Parral", que fundó don Ambrosio O'Higgins el 27 de febrero de 1795.

La playa del balneario de Pelluhue, que comienza al frente de la población y se extiende hacia el norte, es lo suficientemente amplia, segura y abrigada. El

mar es allí tranquilo y de poca profundidad. De cuando en cuando, sin embargo, sopla fuerte el viento y se levantan olas. El clima de que se goza en Pelluhue es sano y delicioso.

La costa, hacia el sur de Pelluhue, ofrece abundantes rocas de diferentes y caprichosas formas y de una majestad y belleza que uno no se cansa de admirar. El mar, que en la playa se muestra tan tranquilo, deshace furioso sus olas en blanca espuma sobre los farellones y las rompientes de ese lado.

La pesca suele ser allí abundante y buena. Antiguamente era esa faena la única vida y toda la razón de ser casi de Pelluhue. Hoy en día ha bajado, no se puede negar, el buen resultado de la pesca y parece que el mar se hubiera puesto un tanto mezquino.

Un pueblo que sepultó la arena

Dijimos ya que el actual Pelluhue no data de muchos años. Sin embargo, bastante más al norte y cerca de la desembocadura del estero Rahue (**ragh**, greda; **hue**, lugar: lugar de greda), hubo antiguamente un pequeño pueblo que desapareció un día, antes de la mitad del siglo pasado, bajo las arenas que arrastra el viento fortísimo que viene del mar. Empero, luego se



Hotel Miramar, que ofrece hermosas perspectivas a cuantos visitan este balneario



Las bellas y majestuosas rocas de la costa sur

formó, más al sur, un nuevo caserío en el lugar en que se agrupan hoy las casas de los mariscadores y que fué el segundo Pelluhue.

La leyenda de Pelluhue

Sobre el desaparecimiento del primitivo Pelluhue y la formación, en su lugar, de una espesa y enorme capa de arena, existe una leyenda curiosa, que deseamos recoger aquí.

Entre las familias que vivían en el antiguo Pelluhue había una de raza aborígen, la que se reducía a sólo dos personas: el padre y la hija. La madre había muerto al dar a luz a la hija, la que se crió junto al padre y la que, con el correr de los años, resultó toda una beldad dentro de las características de su raza.

Se ocupaba el padre en pescar, faena en la que era todo un afortunado maestro. La hija, próxima ya a los veinte años, en la época de nuestro relato, hacía de dueña de casa. Obedecía la joven al nombre de Rayun-Caven (**rayun**, flor; **caven**, espino: flor de espino) y el padre llevaba el nombre de Curi-Caven (**curi**, negro; **caven**, espino: espino negro). A fe que el nombre venía a las mil maravillas a ambos personajes: ella era hermosa como una flor silvestre y él era varonil como un robusto espino montañés. Todas las tardes Rayun-Caven ayudaba a su padre a embarcarse para la pesca y todas las mañanas Curi-Caven era esperado por su hija cuando regresaba de su faena. La pesca del aborígen era siempre la más abundante y la preferida, por ser la de más hermosos ejemplares. La fortuna son-

reía, pues, a aquel sencillo hogar costino.

En la montaña cercana quedaba una familia aborígen, como recuerdo de las muchas que poblaron antes aquellos parajes. La componían un robusto mocetón de unos veinticinco años y su madre; el padre había muerto hacía unos cinco años. El joven, que era el sostén y vida de su madre, se llamaba Necul-Nayqui (**necul**, veloz; **ñayqui**, gato). Las dos familias, Caven y Nayqui, eran amigas de tiempos inmemoriales. De esa amistad nació un mutuo entendimiento entre los últimos vástagos, Rayun y Necul.

Cuando el joven formalizó sus aspiraciones y deseos de casarse con Rayun, el padre de la joven, a pesar de que estimaba y quería como a hijo a Necul, enmudeció y se entristeció misteriosamente. Sin embargo, un día, acosado por la hija, habló y refirió una extraña historia y un misterioso compromiso contraído con un personaje fantástico.

Cuando, por la muerte de su mujer, quedó solo Curi-Caven con su hija recién nacida, clamó con toda el alma al "Lavquen-Ghulmen" (**lavquen**, mar; **ghulmen**, cacique, jefe o dios del mar). A ese conjuro, la primera noche que renovó su faena y habiéndose quedado dormido mientras pescaba, se le acercó un extraño ser, el que le aseguró que, movido por sus clamores, había destinado a un servidor suyo para que cuidara la criatura mientras él realizaba su nocturno trabajo en el mar. Le aseguró que todo iría bien y que el precio de aquel servicio se lo daría de allí a diez años.

Las cosas sucedieron tal como

se lo había asegurado el misterioso personaje a Curi-Caven. Las gentes se maravillaban que a la niña, quedando sola todas las noches, no le sucediera alguna desgracia; pero, al fin, barruntaron que alguien cuidaba de ella. Pasados diez años y mientras el pescador se había quedado dormido en su nocturna faena, vió patentemente que el extraño personaje se acercaba a él y le preguntaba si estaba contento de sus servicios. La respuesta fué, naturalmente, afirmativa y de agradecimiento. En seguida le anunció que el precio de aquel servicio sería que, cuando la niña cumpliera los veinte años exactos, tendría que dársela para esposa del menor de sus hijos, el que tenía bien pocos años más que ella. Espantado ante esta notificación, el pobre hombre nada pudo responder; además, la visión desapareció al punto.

Conforme pasaban los años, Curi-Caven se ponía más sombrío y taciturno. Precisamente cuando Necul-Nayqui se la pidió por mujer, Rayun estaba para cumplir los veinte años fatales. De muy buena gana se la habría dado por esposa al mocetón y habría accedido gustoso a que aquellos dos retoños de antiguas familias aborígenes y amigas se unieran para siempre. Pero estaba de por medio el extraño compromiso, que no se atrevía a revelar a nadie y que lo atormentaba día y noche.

Al fin y como se acercara la fecha fatal, no tuvo más que comunicar a Rayun lo que debía suceder. La joven se quedó petrificada. No hallaba qué pensar ni qué determinación tomar. Por último, comunicó su tremendo caso a su amado. Este casi se volvió loco y juró defenderla hasta la muerte, como lo hizo, según se verá.

Llegó el instante temido. Pasada la medianoche del día en que Rayun cumplía los veinte años y mientras su padre andaba en la faena que le era propia, debía presentarse el misterioso ser y llevarse a la bella joven aborígen. Necul-Nayqui acompañaba a su novia en aquella noche, dispuesto a defenderla a costa de su vida. Los jóvenes hubieran querido escapar, mejor; pero la suerte del viejo pescador los retenía allí: temían que la venganza cayera sobre el anciano Curi-Caven.

La tempestad maldita.

Pasados algunos minutos de la medianoche, sintieron los jóvenes un extraño y horrible rui-

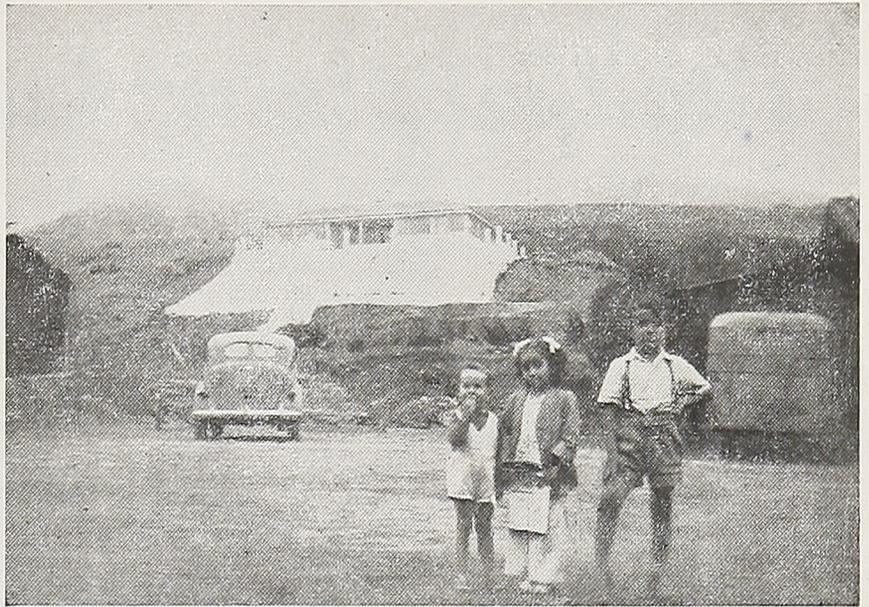
do en el mar y que un viento furioso silbaba horrisono. Rayuncaven, sin poderse contener, salió arrancando. El joven salió tras ella, para protegerla. Pero el viento era tan fuerte que los tumbaba por tierra y entonces oleadas de arena casi los cubrían. Se levantaban y volvían a correr; pero el viento y la arena los echaban por tierra de nuevo. Vencidos, al fin, por la fuerza endiablada del viento y de la arena y por la negra obscuridad de la noche, no pudieron caminar más, ni mantenerse en pie y sus cuerpos exhaustos comenzaron a ser tapados por la arena que arrastraba incesante el formidable huracán.

Pelluhue bajo el sudario de la arena.

A la mañana siguiente, un pavoroso espectáculo ofrecía lo que antes había sido el caserío de Pelluhue: un enorme y espeso manto de menuda arena cubría toda la superficie, de tal manera que daba la impresión como si nunca jamás hubiera habido nada allí. Todo el caserío, con todos sus habitantes, habían sucumbido bajo el peso de la arena, que ahora formaba una pareja montaña. Nadie se había librado, porque los hombres, fuera de Curri-Caven, no se habían atrevido a salir a la pesca por las manifiestas señales de mal tiempo y de tempestad que se cernían sobre el horizonte.

Cuando el viejo pescador, al amanecer, llegó a la playa, se quedó estupefacto y creyó estar perdido. Buscó la población y su vivienda, y no halló más que la superficie de arena. Con el corazón angustiado, se dirigió a la montaña cercana, a casa de Necul-Nayqui. Allí encontró a la anciana madre del mocetón presa de gran angustia por el hijo. Desde las alturas ambos ancianos contemplaron el manto de arena que cubría el lugar donde estuvo el primitivo Pelluhue y comprendieron la horrible venganza que había tomado el "Lavquen-Ghulmen". Agobiados por el dolor y la tristeza, sus cansadas vidas se doblaron prontamente, una tras otra.

Así desapareció el primitivo Pelluhue y así también desaparecieron las últimas familias aborígenes que quedaban en aquellos contornos. De todo lo cual no resta sino la leyenda que la tradición ha logrado conservar y que damos aquí antes que se extinga su recuerdo.



Una construcción del moderno Pelluhue, con una gran escalinata

La resurrección de Pelluhue

Algunos años más tarde y olvidado ya el suceso que hizo desaparecer al antiguo Pelluhue, atrevidos pescadores construyeron sus casas junto a la costa y un tanto más al sur del sitio primitivo. Esta población no alcanzó nunca a ser gran cosa y no pasó más allá de simple caleta de pescadores. La arena, que el viento del mar arrastraba constantemente, le impidió surgir. Con todo, en la época oportuna, no dejaban de llegar veraneantes de Chanco y de Cauquenes a pasar días de playa en aquel lugar apacible.

Ante la constante amenaza de la implacable y menuda arena y a la vista de la privilegiada belleza del sitio en que hoy se alza Pelluhue, libre de todo peligro, algunas personas trasladaron allí sus viviendas. Poco a poco las colinas se fueron cubriendo de casas, y lentamente fué tomando el aspecto de pueblo. Sin embargo, los pescadores se aferraron a su colocación y no se movieron de su lugar.

Como lo hemos ya notado, el moderno camino a Chanco, que vino a pasar tan cerca de la playa de Pelluhue, ha sido el principal agente de la vida y surgimiento actual de este balneario maulino. Entre la antigua y modesta edificación se alzaron luego casas y chalets modernos, y se multiplicaron las casas de pensión y los hoteles que reciben cómodamente a cuantos veraneantes llegan hasta allí en busca de reposo y de salud.

En la actualidad, Pelluhue es toda una verdadera y hermosa población en pleno auge. La edi-

ficación va en constante aumento y se ven adelantos palpables. De Cauquenes a Pelluhue hay diariamente servicio de locomoción, que hacen dos microbuses. Los días festivos la movilización es extraordinaria y hasta de Parral llegan un microbús y camiones con pasajeros.

En lo civil, Pelluhue pertenece al departamento y a la comuna de Chanco. En lo religioso, pertenece a la parroquia de Curanipe, población de la cual dista unos ocho kilómetros y a la que ha dejado largamente atrás. En una roca elevada, que existe dentro de la población, se ha construido un monumento a Cristo Redentor, que domina todos los contornos. Cuenta Pelluhue con una capilla para el servicio religioso y hay casas de veraneo, también de comunidades religiosas.

Como villa de verano y como balneario, Pelluhue tiene su porvenir totalmente asegurado, y lleva camino de ser pronto un pueblo superior. Todo lo favorece y ampara: su mar tranquilo, su mayor cercanía de Cauquenes, su bella colocación, su playa segura y extendida, su camino espléndido, la pesca abundante y sus campos fértiles.

Sólo falta que se le urbanice y planifique, es decir, que se tracen en debida forma sus calles, y que se le dé oficialmente el título de villa, para que se establezcan allí los servicios que son propios de toda población en regla. Títulos tiene muy sobrados el actual Pelluhue para que así sea, y sus habitantes y quienes allí concurren así también lo esperan.